



ES SENCILLO SER FELIZ, LO DIFÍCIL ES SER SENCILLO

Bueno, cuando me dijeron: «Póngale un título, póngale un título a la charla», porque claro, cuando hay que hacer propaganda, hay que ponerle algún título. Y resulta que había enviado yo muy recientemente a redes sociales, este mensaje que he elegido como título. Y el mensaje dice: «es sencillo ser feliz, lo difícil es ser sencillo».

Yo quiero partir de una cuestión, si vamos a hablar de felicidad y de cómo serlo. La primera pregunta es, igual os va a sorprender, pero yo la voy a lanzar. A ver, ¿Dios es feliz? Vamos a partir de ahí. ¿Dios es feliz? Alguno igual le puede parecer una pregunta rara, porque generalmente cuando hablamos de los atributos de Dios solemos decir: Dios todopoderoso, eterno, santo, inmenso, infinito. Pero no estamos acostumbrados a decir: todo dichoso, Dios es todo dichoso, ¿no?, o infinitamente feliz. Bueno, no se suele decir, pero la pregunta es pertinente, yo creo que incluso necesaria.

Eso de si Dios es feliz nos interesa grandemente, le interesa grandemente al corazón del hombre comenzar por ahí, porque si resulta que lo queremos plantear es que tenemos un deseo de felicidad infinito y que solamente Dios nos puede hacer feliz, hombre, pues que si El no es feliz, ¿cómo nos va a hacer feliz a nosotros? Entonces lógicamente la pregunta es pertinente. Miramos a Dios también viendo en él, queriendo ver en él su felicidad, pues como unos niños, como unos niños se pegan al escaparate de una tienda de regalos en las vísperas de día de Reyes o de Navidad, viendo ahí, viendo todos los regalos que están al otro lado del cristal. Así nosotros miramos a Dios y queremos ver su felicidad para ver qué es lo que Dios nos quiere dar o nos quiere compartir. Y hay un salmo, que dice, 35, 9: «Nos dará a beber del torrente de sus delicias». O sea, que Dios nos va a dar de la sobreabundancia de su felicidad, nos va a dar la felicidad.

Luego entonces vamos a la pregunta: sí, Dios es feliz, es eternamente feliz. Y además, yo antes he dicho con poca precisión que no estamos acostumbrados a escuchar tal cosa, pero si uno mira con un poco más de detenimiento en la Sagrada Escritura, sí también lo encuentra. Por ejemplo, Primera Timoteo 1:11, allí se habla de Dios bienaventurado, el Dios bienaventurado. Dios, eso lo dice San Pablo en varios sitios, luego sí se dice con otro término, pero se dice que Dios es el Dios es eternamente feliz. Incluso aunque no siempre se utilice esa expresión de Dios es feliz, se dice implícitamente lo mismo de otras maneras cuando se dice que Dios es amor, porque el amor es la fuente de la felicidad; cuando se dice que Dios es vida, porque vivir es buscar la felicidad; cuando incluso vamos a misa y decimos: «Santo, Santo es el Señor» hablar de la santidad de Dios es hablar de su felicidad, ¿no? En definitiva, sí, Dios es feliz, eternamente feliz, solo Él es la felicidad y la fuente de la felicidad. No es que Dios crease el mundo porque le faltase algo, sino porque quería compartir su felicidad con nosotros. Es como una felicidad que se derrama, hasta tal punto que está deseando ser compartida. Dios quiere compartir su santidad, quiere compartir la vida,

quiere compartir su felicidad. Ese es el punto de partida, si Dios es feliz y es una felicidad difusiva.

Bueno, pero ahora vamos a la segunda pregunta: Dios es feliz, vale, pero es que Él está allí, así lo decimos nosotros, ¿no?, Él está allí y aquí estamos nosotros, ¿no? Entonces, ¿la felicidad es posible en esta vida? Porque en Dios sí es posible, pero ¿y nosotros?, ¿la felicidad es posible? Claro, ya sabemos que Dios nos quiere dar la vida eterna, pero también en esta vida se puede ser feliz. Si conocéis la historia de Santa Bernardet, de aquella vidente de la Virgen en Lourdes, ella escuchó decirle a la Virgen María un 11 de febrero de 1858, escuchó decirle a aquella señora venida del cielo: «No te haré feliz en este mundo sino en el otro». Ojo con esa esa frase, le dijo eso. No quiero aguar la fiesta, pero a ver, yo quiero, tengo que ser honesto, le dijo: «No te haré feliz en este mundo sino en el otro». Pero por otra parte escuchamos a Jesús decir que os daré el ciento por uno en esta vida y luego la vida eterna. Vamos a intentar conjugar todo, porque Jesús sí habla de un ciento por uno antes de llegar a la vida eterna. Y además, si os fijáis en las bienaventuranzas, que es muy interesante, las bienaventuranzas prometen de cara al futuro pero también de cara al presente. Cuando dice, de las ocho bienaventuranzas seis se resuelven en un futuro: «Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra». Pero hay dos bienaventuranzas que se resuelven en el presente, que por cierto la primera es la más importante: «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos», no dice será, dice es. Y lo mismo dice en la última: «Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia porque de ellos es el Reino de los Cielos». Luego de las ocho bienaventuranzas, seis se resuelven en futuro pero dos en presente. Luego vamos a ver también esa promesa de felicidad plena que Dios nos da en el Cielo tiene su adelanto, tiene sus arras, tiene su verdad, en esta vida.

Vamos a ver la experiencia de los santos. ¿Los santos han sido felices? La pregunta se las trae. ¿Los santos han sido felices? Sí, pero han sufrido. ¿Los santos han sido felices? Pero han sufrido. Las dos cosas son verdad. Os quiero dar la pista de un santo que me encantaría que os familiarizarais con él, que está a punto de ser canonizado, que incluso no se ha canonizado por la pandemia, pero bueno, ya se le pondrá fecha para su canonización, y me refiero al beato Carlos de Foucault, que será próximamente canonizado, el beato Carlos de Foucault. Hay un momento en que dice: «Señor, tu felicidad me basta». Es tremenda esa expresión, es tremenda, como diciendo: a ver, ya sé que yo la plenitud no la tengo, pero Señor, tu felicidad me basta, me basta tu Gracia, me basta tu felicidad. Sí, los santos han sido felices pero han sufrido, y ambas cosas son verdad, y entonces Santa Bernardet es testigo de que en esta vida ya sufrió, pero al mismo tiempo tuvo el inmenso, el maravilloso gozo de ver el rostro de nuestra Madre, y eso le hizo, ver el rostro de María le bastó como como toda promesa de felicidad. Luego sí se puede ser feliz en esta vida, bueno, con los matices con los matices y las dificultades de las cuales precisamente venía a hablaros yo con eso de que es ser feliz, pero lo difícil es ser sencillo.

Entonces vamos a ello, vamos a ello. ¿Cómo ser feliz en esta vida? Dios es feliz, ¿se puede ser feliz ya en esta vida? Sí. ¿Cómo serlo?, ¿cómo ser feliz en esta vida? Solo Dios nos puede hacer plenamente felices, solo él. La famosa frase de San Agustín que tantas veces hemos repetido: «Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que no descanse en Ti». Es una frase que la hemos experimentado. Todo lo que no sea Dios satisface de una manera muy parcial, es pan para hoy y hambre para mañana. Es conseguir un objetivo y en cuanto que lo has conseguido, ya te estás olvidando de él, es así. Esa escena que hemos visto de los niños el día de Reyes, lanzándose al comedor y al cabo de un rato hartos ya de los juguetes y tirados a un rincón, quejándose, enrabietados, y peleándose entre ellos. Es la imagen de los adultos de otra manera, diciendo: pero bueno, eso que nosotros vemos en los niños:

«¿Será posible?». Eso nos pasa a nosotros a nuestro nivel. «Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto». Vamos dando tumbos, ¿cuántos tumbos, no?, hasta que finalmente uno dice: sí, solo Dios me puede hacer feliz. Tenemos un deseo de plenitud que en esta vida no se colma, no se colma.

Es como si alguno pretende explicar el hombre solamente con la teoría de la evolución. Yo digo que la teoría de la evolución se ha equivocado con nosotros, porque según los teóricos de la teoría de la evolución, el hombre en su evolución se adapta al entorno. Esa es la teoría de Darwin. O sea, el hombre se adapta al entorno, bueno, pues yo creo que la evolución se ha debido de equivocar con el hombre, porque le ha dado un deseo de plenitud que no se adapta al entorno. El entorno no le no es capaz de satisfacer ese deseo de plenitud. Hay una desproporción entre el deseo infinito del hombre y la capacidad muy limitada de hacernos felices en este mundo. En nuestra vida, en nuestra en nuestra época, en nuestro momento existe una impostura, un engaño, un timo que consiste en pretender sustituir a Dios por la felicidad. Hay mucha gente que busca la felicidad pero sin Dios, es la Nueva Era. La Nueva Era intenta sustituir a Dios por la felicidad. Entonces es sustituir la causa por el efecto, pero claro, sin causa no hay efecto. Pues como si la felicidad fuese una técnica de relajación, como si la felicidad fuese... a ver, no es eso, es una impostura, una impostura perseguir la felicidad desligándola de Dios. Ojo a esta tendencia que es muy de nuestro tiempo: es confundir la oración con el vacío, el ayuno con la dieta, la ascesis con el gimnasio y la encarnación con la mundanización. A ver, eso es un timo, todo eso es un timo, pretender sustituir a Dios por un producto, un producto de que me relaje y que me haga feliz, ¿no?, como si fuese una pastilla.

Por lo tanto, para responder a la pregunta ¿cómo se puede ser feliz en esta vida?, la clave la clave está en vivir la presencia de Dios en esta familia si en esta vida perdón, en esta familia vivir su presencia. Si solo Dios te puede hacer feliz y Dios te ofrece la felicidad en el cielo, la clave de la felicidad en esta vida es vivir la presencia de Dios. Y se puede vivir esa presencia de Dios, porque Jesús dijo: «Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». Jesús está con nosotros. Entonces si yo estoy con él, ¿qué más quiero?, ¿qué más quiero? Cuando uno comulga por ejemplo y dice: Señor, si estoy contigo, si el cielo será esto, solo que allí lo disfrutaré plenamente y aquí mi capacidad de disfrutar de tu presencia es limitada, pero el cielo no será más, el cielo será estar con él, estar con Él pero con una capacidad de disfrute que aquí no tenemos. Entonces, ¿y si comenzamos a disfrutar de la presencia de Dios en esta vida, sin estar esperando a ser feliz en la próxima? Yo no pienso esperar, yo pienso comenzar a ser feliz ya, viviendo su presencia, gozándola. Yo creo que uno de los grandes males que arrastramos en esta vida es no gozar, hacemos cosas buenas y no las gozamos, no las disfrutamos. Pero hombre, vive tantas cosas buenas que Dios te permite hacer, disfrútalas, porque hay que ser tonto para hacer tantas cosas buenas y no disfrutarlas. Goza de la presencia de Dios en tantas cosas que Dios te ha permitido hacer movido por Él, por el don de su Espíritu. Vivir la presencia de Dios, vivir la presencia de Dios y ser feliz de esa manera.

Y ahora viene la afirmación central de lo que hoy quiero compartir con vosotros. A ver, Dios es inmensamente feliz, pero no en el sentido que nosotros solemos entender equivocadamente la felicidad, que es un sentido cuantitativo. O sea, es una multiplicidad, una multitud inabarcable de dones cuantitativamente inagotable, una acumulación de cosas, no. Dios es inmensamente feliz en el sentido de que su felicidad se identifica con su sencillez, con su sencillez. Dios es sencillo, Dios es simple y por lo tanto necesitamos hacernos sencillos para descubrir y recibir el don de la felicidad. Por nuestra falta de sencillez no disfrutamos de la presencia de Dios, porque nos dispersamos enseguida, porque no sabemos gozar. Goza de Dios y quédate y olvídate. Nuestra falta de sencillez nos impide gozar de la presencia de Dios

como debiéramos. Dios es sencillo. Si Dios es sencillo la vida es sencilla, lo dice San Ireneo de Lyon. Fíjate, en el siglo segundo, Ireneo de Lyon en el siglo segundo: «Si Dios es sencillo, que lo es, la vida es sencilla». Luego vamos nosotros y la liamos. Y así uno entiende por qué Jesús insistió: «Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos, no seréis felices».

Me sirvo de unas palabras del padre Carreira, que muchos hemos conocido y hemos disfrutado, fallecido recientemente todavía, famoso jesuita, astrofísico, filósofo y teólogo, y él dice: «El plan de Dios es maravilloso en su sencillez, porque Dios es infinitamente sencillo. Nosotros somos muy complicados, él no tiene distinción de perfecciones». San Ireneo de Lyon, cuando dijo aquello de si Dios es sencillo la vida es sencilla, él estaba luchando contra la primera de las herejías la vida de la Iglesia, que fue el gnosticismo. El gnosticismo que es que era pensar que el misterio de Dios estaba reservado para pues por unos intelectos privilegiados, era un secreto que únicamente se revelaba a una clase selecta. Eran los gnósticos los que los que pretendían alcanzar, pues una un saber oculto al mundo, y entonces dice: no, si Dios es sencillo la verdad es sencilla y se muestra a los pequeños mucho antes que a los sabios. Entonces fijaros esto es lo maravilloso de la de la revelación de Dios: la revelación de Dios la puede entender muchísimo mejor muchísimo mejor pues un alma sencilla y humilde que el mayor de los teólogos, es así.

Os cuento una anécdota que yo viví en Roma y era seminarista, fue una de esas cosas que se te quedan grabadas inolvidables. Estábamos con José Antonio Sayés, muchos de vosotros le conocéis que fue profesor nuestro de teología y nos hizo mucho bien y nos dicen que había una conferencia de un teólogo muy reputado, de esos que tenían una fama de un nivel intelectual muy grande, y entonces no voy a decir el nombre. Y me dice don José Antonio: «Pues podíamos ir a la conferencia». Bueno, vale. Vamos allí y había muchísima gente. Entonces el hombre comenzó a hablar en italiano y hablaba, vamos, era impresionante, porque no es que utilizara palabras sobreesdrújulas, casi yo creo que iba acuñando palabras según iba hablando.

Acuñaba palabras, hablaba en relieve. Me acuerdo que fue me acerqué a Don José Antonio y le dije al oído: «No estoy entendiendo nada». Y él me dijo al oído: «Tranquilo, que yo lo estoy entendiendo todo y no está diciendo nada». A mí eso mi hizo mucho bien. Me hizo mucho bien ver cómo, el misterio supremo de Dios es muy sencillo. O sea, que a veces por decir palabras sobreesdrújulas te crees que tienes más capacidad de comprensión que tu abuela, que habla de una manera, que se entiende con Dios mucho mejor que tú, que has estudiado teología. Todavía me acuerdo que el día que llegué a casa siendo seminarista con un tocho que ponía Teodicea y dijo mi madre: «¿Y qué esto Teodicea?». «Pues mira, esto es para llegar a conocer que la existencia de Dios, que Dios existe». Dice mi madre: «¿Y tú necesitas leer ese libro para eso?». Claro, madre estaba perpleja diciendo pero a ver, es que a mí me hizo mucho bien aquella anécdota porque me desacomplejo inmediatamente. A veces uno lee Introducción a la fe y salen siete volúmenes en alemán, siete volúmenes en alemán hablando de introducción a la fe, por Dios, a ver, eso tiene mucho de un globo que se pincha y se queda en nada. Los místicos tienen un don de conocimiento de Dios muy superior a toda esa palabrería. Y si la teología no es arrodillada, pues no sirve para nada, no sirve para nada. Si la teología no está arrodillada. Por lo tanto, Dios es sencillo. Si tú quieres conocer a Dios tienes que hacerte sencillo, así le conocerás, así le disfrutarás, así participarás de su felicidad, si no es imposible.

El pecado es nuestro gran enemigo porque el pecado lo ha complicado todo, lo que era sencillo lo ha complicado, lo ha enmarañado, lo ha enredado. Por eso existe esa

famosa advocación de la Virgen María que es Inmaculada, la Desatanudos. A ver, María es la que hace sencillo lo que nosotros hemos complicado, las cosas las hemos complicado por nuestro pecado. La redención es volver a la sencillez, volver a la humildad, volver a ser como niños ante Dios. Cuando uno va caminando en la vida espiritual va viendo que cada vez las cosas son más sencillas. Es verdad que cuando se produce una conversión suele parecer lo contrario, porque cuando Dios te llama a la conversión te implica, al implicarte te complica, pero finalmente te simplifica. Entonces ahí claro. Cuando uno se convierte, de repente ve tantas cosas que en su vida tiene que ordenar que puede tener una primera sensación de complicación. Ya, pero en cuanto que tú vas poniendo a Dios en el centro de tu vida, todo cada vez es más sencillo, más sencillo, más sencillo, cada vez la vida es más sencilla, cada vez necesitas menos. O sea, no necesito que me metan muchos rollos, si las cosas se entienden, se entiende sencillamente. Si seguís caminando en la vida espiritual, la próxima vez que digan que hay una conferencia, di: «No me hace falta ir» y me voy delante del Sagrario y me quedo tranquilamente.

Bueno, pero claro, nos resulta difícil ser sencillos y de ahí el título de la charla: sencillo ser feliz, lo difícil es ser sencillo. Nos resulta difícil ser sencillos. Yo soy enamorado de la famosa poesía de Unamuno que muchos conoceréis, que es una poesía que expresa ese drama, el drama de yo creo que él tuvo una esposa profundamente católica, una mujer humilde que él admiraba. En el diario íntimo de Unamuno se ve cómo él admira la fe de su esposa y él tiene un lío interior, tiene una lucha que no veas tú. Entonces él escribe: «Agranda la puerta, Padre, porque no puedo pasar; la hiciste para los niños, yo he crecido a mi pesar. Si no me agrandas la puerta, achícame, por piedad; vuélveme a la edad aquella en que vivir es soñar». Barrunta que es demasiado complicado, que tengo que ser más sencillo para poder participar de esa felicidad de Dios. La felicidad es descubrir la grandeza de lo sencillo, la grandeza de lo sencillo.

Entonces, ¿cómo caminar por el camino de la sencillez hacia la felicidad? ¿Por qué puso Jesús a los niños como modelo? “Si no os hacéis como niños no entraréis el reino de los cielos”. Porque, ojo con los niños también, ¿vamos a canonizar a los niños? Cuidado con eso. Los niños saben ser egoístas pero de narices, ser egoístas y cuando enganchan el berrinche: «¡Yo quiero, yo quiero, yo quiero!», entonces ¿en qué sentido o qué pasa, que los niños en tiempos de Jesús no eran egoístas?, ¿en qué sentido puso Jesús a los niños como modelo? ¿Porque son muy generosos? Hombre, hasta que un niño aprende a decir: «Toma, esto es para ti»... lo primero que le sale es «¡Esto es mío!», O sea, ¿en qué sentido los puso como ejemplos? Son caprichosos, son egoístas. A ver, les puso a los niños como ejemplo en otro sentido, en el sentido de que un niño tiene su seguridad en sus padres, confía en que sus padres cuidarán de él. Es espontáneo es alegre porque su padre ya se encargará, su madre se encargará. Esa es la clave del niño que Jesús quiere, que está destacando, y nos dice: si no te haces como un niño no entrarás en el Reino de los Cielos. Estos factores, seguridad, confianza, son factores que se suelen perder en la medida en que adquirimos responsabilidades en la vida y empezamos a creer que la felicidad depende de que yo haga bien las cosas o haga mal las cosas, de que yo gestione bien o gestione mal, y entonces uno comienza a decir: «Yo controlo, no controlo, se me está...». Entonces uno se cree que él es el piloto de su vida y entonces comienza a no ser feliz, pues comienza a no confiar.

Yo he contado mucho una anécdota que escuché en Radio María, a un a un misionero que había venido de vacaciones. Entonces le estaban entrevistando en Radio María y contó la siguiente anécdota, que era genial. Por lo visto el avión, cuando pasa la zona del Sahel suele ser típico que haya una zona de turbulencias, que en aquella ocasión fueron más fuertes de lo de lo habitual. Entonces habían repartido ya las bandejas de la comida y no hubo tiempo para avisar que venían unas turbulencias grandes y

avisaron tarde. Y empezó a bailar todo allí, las bandejas saltaban y hubo un momento de nerviosismo. Las azafatas decían: «No pasa nada, no pasa nada, dejen todo en el suelo, luego lo recogemos, luego recogemos». Y decía el misionero que le llamaba la atención que había un chavalito un chavalito jovencito que viajaba solo, cerca de los asientos primeros. Oye, el chaval ni se inmutaba, pues parece que un niño que viaje solo,... cuidado con él. Y entonces terminó pasó el asunto y empezaron ya a recogerlo todo, y el misionero dice que él se levantó, fue donde el chaval y le dijo: «Oye, tú qué valiente eres, no te he visto que te hayas asustado». Y el niño le dijo: «Es que el comandante es mi papá». Era el hijo del comandante, que viajaba allí. Y decía el misionero: claro, es que el niño decía: «Mi papá lleva el avión, estaros tranquilos». O sea, él tenía esa especie de decir: bueno, ya sé, papá me suele contar muchas cosas, yo sé que yo sé que habrá vuelos complicados, mi papá es el comandante, mi papá lleva el avión, ¿no? Y decía el misionero: el niño me dio una lección inmensa de abandono, al decir: a ver, mi papá es el comandante. Yo no seré el dueño del mundo pero mira, soy el hijo del dueño, ¿me explico? Yo no soy el dueño del mundo, soy el hijo del dueño. Y esa anécdota creo que es la que explica en qué sentido Jesús puso a los niños como ejemplo cuando dijo: «Si no hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos».

Recuerdo que en un encuentro de familias que hicimos en Salamanca de Jóvenes por el Reino de Cristo, cuando comenzaba la crisis económica anterior, un padre compartió una anécdota. Y la anécdota que compartió fue, que estaba sufriendo, había estado sufriendo porque en la empresa tenía un jefe que era>>>>>> un liante y estaba obligándole a hacer montones de operaciones éticamente no justificables y le estaba haciendo cómplice a él también de montones de cosas que él en conciencia veía que estaban obrando mal y él sufriendo: «Sí, me lo manda el jefe, pero yo estoy haciéndome cómplice de todo esto». Y él decía: « me voy, ¿pero cómo me voy a ir si está en este momento la crisis económica como está y estamos colgados en la familia y tenemos una hipoteca que llegan ... y voy a buscar trabajo en otro sitio y qué calidad va a tener.». Y dice que estaba un domingo a la tarde dándole vueltas a eso y que estaba tumbado jugando con el niño, con el pequeño que estaba tumbado en la alfombra del comedor. Y el niño, que tenía esa edad juguetona, debía ser un kamikaze, pues con tres añitos se subía a la mesa y el tío ¡zas!, se tiraba para que su padre hiciese una palomita desde el suelo y le cogiese. Y el niño que iba a más, cada vez se lanzaba un poco más lejos para que su padre hiciese más la palomita y le cogiese. Y dice que él pensó: «¿Y este y este niño y este niño es capaz de fiarse de mí, que soy un pecador, sabe que voy a pegar la palomita de mi vida para engancharle y yo no me fío de Dios Padre». ¡Jo!, nos lo compartió y nos dijo que al día siguiente fue y dejó el trabajo y se puso en manos de Dios para que Dios le buscase otro trabajo, Dios le iluminase el camino. La verdad es que nos conmovió ver, fíjate justamente, ese don, esa gracia de dar ese paso en su vida la había recibido de ver la confianza de ese niño. Pero este niño se lanza al vacío sabiendo que yo lo voy a coger, aunque no estoy debajo en este momento.

Bueno, por tanto esta es la clave, la clave está en ese acto de confianza, nuestra fe en la providencia de Dios que no solo crea sino que sostiene y cuida de la creación. Mirad los pájaros, mirad los lirios, yo os digo que ni Salomón vistió con esa elegancia; si Dios cuida así de ellos, ¿no va a hacer más contigo?, ¿no va a hacer más con nosotros? Por lo tanto, la clave está en tener esa confianza que a uno le permite ver que Dios nos ama en cuanto sucede. A veces tiene que pasar tiempo, incluso habrá que esperar a veces la vida eterna para percatarse y ver como dónde estaba el amor de Dios en circunstancias que yo no he entendido. Pero el niño sabe que su padre y su madre todo lo que hagan será por su bien. Yo tengo un salmo favorito y os lo comparto. Cuando voy a visitar algún velatorio con algún difunto me gusta rezarlo, pero no solo ante un difunto, sino rezarlo en cualquier momento de la vida. Es el salmo

130, muy breve, es el salmo más breve yo creo. Dice: «Señor, mi corazón no es ambicioso ni mis ojos altaneros; no pretendo grandezas que superan mi capacidad, sino que acallo y modero mis deseos como un niño en brazos de su madre. Espere Israel en el Señor, ahora y por siempre». Yo estoy en brazos de mi Padre, estoy en brazos de mi madre, bueno pues acallo y modero mis deseos. Y esto es lo que nos hace felices.

¿Y os habéis fijado en el refranero y en tantos dichos del lenguaje castellano, que tiene unas bases cristianas que nos es difícil por mucho que pretendamos secularizar y olvidarnos de nuestras raíces, arrancar todo eso? ¿Os habéis dado cuenta, por ejemplo, cómo la gente dice: «Dios mediante», «pasado mañana Dios mediante»? ¿Sabes lo que has dicho? «Que sea lo que Dios quiera», «Dios proveerá», «Dios dirá», «si Dios quiere», «con el favor de Dios», «gracias a Dios», «no hay mal que por bien no venga», «todo está en manos de Dios», «Dios escribe derecho con líneas torcidas», «Dios da la ropa según el frío», «Dios aprieta pero no ahoga», «el hombre propone y Dios dispone». A ver, es que nuestra cultura ha estado totalmente impregnada de esa conciencia de la providencia de Dios, totalmente. Y entonces la felicidad se ha sustentado en esa conciencia. Me acuerdo que el difunto padre Mendizábal decía: «Tú vete a la salida del metro en Tokio y mira el rostro de la gente, ¡jo, qué tristeza, tú! Oye, para que alguien sonría, hay que hacerle cosquillas o qué». Dice: «Tú mira la cultura cristiana cómo ha sido de alegre, que enseguida hacemos pues qué os voy a decir yo a vosotros, que enseguida hacemos una fiesta y enseguida se convierte la celebración de la fe en una romería». ¿Pero tú te das cuenta cómo la fe se ha traducido en alegría, en alegría de quien se sabe cuidado?, ¿tú te das cuenta de eso? Entonces la confianza en la providencia es clave.

Dios nos guarda en la paz y nos hace valientes, ojo, porque el que confía como el chavalillo ese, se tiraba al vacío, sabe que su padre ya vendrá, ya aparecerá en la mano que me coja. «Fiado en ti me meto en la refriega, fiado en mi Dios asalto la muralla», dice el salmo. O sea, es que la confianza te hace valiente y te metes en unos líos que no veas tú. Los santos se han metido en muchos líos, han sido osados confiando en la providencia, diciendo: «Yo me meto en esto y si es de Dios saldrá, y si no es de Dios, yo tampoco lo quiero y punto». Hombre, con ese planteamiento puedes llegar hasta donde sea, claro, y nunca fracasas. Claro, porque si no es de Dios tú tampoco lo quieres, pues se ha acabado. Esta es la clave, la clave es saber que Dios es Padre providente.

¿Y entonces hay algún truco?, ¿hay alguna especie de camino espiritual para poder vivir esto? Pues sí que lo hay, porque claro, seguimos con la dificultad expresada en el título de la charla: es sencillo ser feliz, lo difícil es ser sencillo. Entonces, a ver, que me den alguna clave, que me den alguna receta para poder ir camino de sencillez. A ver, ¿existe? Sí que existe, todo está en el evangelio, pero sí existe. ¿Qué es la vía del abandono, la infancia espiritual, que en la tradición espiritual se ha llamado así, la vía del abandono o la infancia espiritual? Es un camino, una espiritualidad que han trazado determinados santos, que lo han subrayado. Hombre, esto es común a todos, si no podríamos ser santos, pero es verdad que algunos santos lo han subrayado muy especialmente, esto de la infancia espiritual o la vía del abandono. Me refiero a Santa Catalina de Siena, a San Francisco de Sales, a Bossuet, a Garrigou-Lagrange y voy a decir un nombre clave: Teresita de Lisieux. Me gustaría que esta conferencia sirviese para que el que no ha leído Historia de un alma lo haga, a ver, si alguno aquí presente no ha leído Historia de un alma, tiene tarea, lo siento, lo siento. La próxima vez que yo le encuentre allí en el club de Vista Hermosa, bueno, pero ¿tú has leído Historia de un alma o no? Esa será mi pregunta al que me diga que estuvo aquí: ¿tú has leído Historia de un alma? Hay que leerla y releerla. Pero ha habido toda una serie una serie de santos que han cultivado eso. Teresita de Lisieux es un regalo de Cristo para

nosotros, es una medicina para curarnos del orgullo voluntarista que tenemos, ese orgullo voluntarista. Y eso es que es agotador, pensar que tienes tú que sostenerlo todo es que eso agota. Y han sido muchos, muchos los que han entendido que también San Pío de Pietrelcina tiene una famosa expresión en una carta suya: «Yo te recomiendo la simplicidad con la que se conquista el corazón de Jesús».

Entonces vamos a intentar explicar esto. ¿En qué consiste este camino de la infancia espiritual?, ¿en qué consiste el camino del abandono? Se trata de reconocer nuestra pequeñez y nuestra nada y no asustarse por eso, más aún, saber que eso precisamente es lo que te garantiza ser amado por Dios, eso es lo que te garantiza. Es que si fueses muy fuerte.... ¿por qué el padre está especialmente atento del niño más débil? Porque es que, como es el más débil, tiene que estar especialmente atento de él. Pues así, como yo me siento superpequeño, superdébil, eso es lo que me garantiza; si yo fuese más fuerte sería un peligro, pero como soy tan débil es obvio que Dios me va a sostener, porque lo necesito, porque un padre no me va a dejar de sostener. Como un niño pequeño lo espera todo de su padre, su mayor garantía su pequeñez es su debilidad. Y entonces no me asusto de mi debilidad, no me asusto. Más aún, quien vive este camino, aunque Dios le concede hacer muchas cosas pero no se las atribuye a sí mismo, él no se atribuye a sí mismo a las virtudes que practica creyéndose capaz, no, sabe que está en manos de Dios y que él nos mueve y nos da la gracia de colaborar con Él. Entonces, a ver, es que sería ridículo que un lápiz se enorgullezca de lo bien que me ha salido la cosa, pero hombre, que tú eres el lápiz, Dios te ha movido. Dice Santa Teresa de Calcuta: «No, yo solo soy un lápiz con el que Dios escribe una carta de amor». Pero es verdad, no es que sea una una expresión un poco afectada, no, es que es así, es que la verdad es esa, Dios escribe con ella una carta de amor al mundo. Decía Santa Teresita: «Dios no necesita de nadie para hacer el bien en la tierra, pero al hacernos apóstoles suyos nos toma como instrumentos de su gracia, no porque nos necesite sino porque nos hace la misericordia de asociarnos a su obra de salvación y así actuamos bajo la potencia de su gracia». Eso es lo que es la infancia espiritual. La infancia espiritual no es no ser un acoirazado, uno hace las cosas con confianza, pero sabiendo que es Dios quien lleva adelante su obra. Por eso Dios elige a los humildes, a los que son conscientes de ser instrumentos, a los que saben que son causas segundas, a los que no esperan nada de sí mismos y lo esperan todo de Dios. Más aún, no sería hasta muy correcto teológicamente decir que Dios elige a los humildes, sino que Dios nos hace humildes al elegirnos. La humildad también es un don de Él. Como eres humilde te elijo no, como te elijo te doy el don de la humildad, todo es don Suyo, yo lo recibo todo, lo recibo todo.

La infancia espiritual es vivir consecuentemente con el hecho de que somos niños ante Dios y además con una diferencia, la analogía que un niño según va creciendo cada vez es más autónomo lógicamente. Mira ya, el niño ya se viste solo, mira cómo se viste solo, mira ya solo, mira ahora ya se da la vuelta y no vuelve a casa, cada vez tiene más independencia. Sin embargo, en la vida espiritual es al revés: según avanzas en la vida espiritual, tu dependencia de Dios cada vez es mayor, cada vez es mayor. O sea, que la analogía todavía se queda corta fíjate, la del niño, porque en nuestra unión con Dios cuanto más se acerca uno a Dios más lo recibe todo de Él, más depende plenamente de Él, en Él vivimos, nos movemos y existimos. Este camino especial este caminito especial llamado vía del abandono o infancia espiritual, que parte de la plena conciencia de que mi pequeñez no es obstáculo, mi pequeñez no es obstáculo para Dios, pues en el fondo es un patrimonio común a toda la espiritualidad.

Os voy a leer el número 305 del Catecismo de la Iglesia Católica que, como os podéis imaginar, no es de Santa Teresita, no, es de la Iglesia para todo el mundo. Dice: «Jesús pide un abandono filial en la providencia del Padre celestial, que cuida de las

más pequeñas necesidades de sus hijos». «No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer? ¿Qué vamos a beber? Ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero Su Reino y Su Justicia y todas esas cosas se os darán por añadidura». Jesús pide un abandono filial en la providencia del Padre celestial, que cuida de las de las pequeñas necesidades de sus hijos.

Es maravilloso, ¿no?, ver que eso es así. Nosotros ¿por qué nos agobiamos? ¿Por qué sufrimos tanto? ¿Por qué? ¿Por qué occidente tiene este sufrimiento tan grande? Pues porque no tiene esa experiencia de abandono en Dios.

Os voy a contar una anécdota, y es que algunas veces cuando uno hace alguna visita a nuestros misioneros en África te admira ver la felicidad de la población africana, tú fíjate. ¡Pero qué felices que son estos! Pero tú fíjate, pero cómo se acercan. Pero mira, en su pobreza te impacta, ¿no?, porque uno va allí con un falso paternalismo pensando que nosotros vamos a dar. A ver, pero si lo que tenemos que hacer es aprender de la felicidad que viven, ¿no?

Y había hecho una de estas visitas que te quedas conmovido por eso, y a la vuelta cogemos el avión y estábamos, pues yo iba con un sacerdote. En el avión se escuchaba el berrinche de un niño que tenía una rabieta, un niño pequeño que estaba con una rabieta de esas llantinas de rabieta. Y le digo yo al sacerdote, le digo: «Qué te juegas que ese niño es blanco, es europeo». Y me dice: «Hombre, pero si en este avión solamente tú y yo somos blancos». O sea, todos eran negros en el avión, todos. «A que sí, venga». Nos fuimos a andar por el avión y dimos con una alemana que iba con un niño, y el niño era el del berrinche. Y me dice: «¿Tú cómo has adivinado eso?». «Es que los niños africanos no lloran así, este es un lloro de rabieta», me explico, de rabieta nuestra, de rabieta porque mi capricho no me lo están dando en este momento. Y entonces este sufrimiento enrabieta... yo es que ya me he dado cuenta en estos días en África, que un niño en África no llora así, porque se ha acostumbrado a saber que en esta vida uno tiene que saber asumir las carencias, y así un niño africano no llora. Aquello me llamó la atención, dije: es que hasta en eso se nota, hasta en eso se nota lo que es el que nuestro gran mal es sencillamente pensar que nosotros nos damos a nosotros mismos la felicidad. O sea, que depende de nosotros mismos, que no existe un abandono, que no existe un conformarse, un decir: yo confío en que un padre, que Dios Padre cuidará de mí.

En definitiva, Dios es feliz. Dios es feliz aunque el corazón de Cristo también sufre. Dios se revela la imagen de un corazón que sufre. Hablar del sufrimiento de Dios es un misterio. Pero es verdad que cuando se ama, inevitablemente si se ama se sufre, porque claro, cuando uno ama tu vida está de alguna manera... es vulnerable a la respuesta de la persona a la que amas. Luego, si Dios se compromete con nosotros, nuestra respuesta nuestra respuesta afecta a Dios, ¿o es que mi respuesta no le afecta a Dios? A Dios le afecta mi respuesta.

Pero Dios es feliz también. A veces a mí cuando me preguntan yo suelo responder, esto lo digo muchas veces: a ver, yo soy feliz pero sufro, o si quieres te lo digo al revés, yo sufro pero soy feliz. Las dos cosas pasan a la vez en mi vida. Dios me ha dado el don de la felicidad y también sufro, porque es que si te tomas la vida en serio sufres, claro, esta vida claro, te la tomas en serio y sufres. Pero eres feliz porque sabes que está en manos de Dios esta batalla, porque claro, si fuese si fuese yo el que tengo que llevar adelante esta batalla, pues es que entonces estaríamos locos.

Antes de ayer envié, los que sois seguidores de redes sociales, envié una frase así un poco picante a las redes que dice: «Dios existe y no eres tú, relájate». A ver, que eso

es muy importante, que eso es muy importante. Es muy importante subrayar eso: Dios existe y no eres tú, tranquilo, tú relájate, a ver, que existen esos brazos, existe ese amor incondicional, existe.

En resumen, la infancia espiritual, el abandono espiritual está en la primera de las bienaventuranzas. Nos tenemos que enamorar de la primera bienaventuranza, que al igual que el primer mandamiento de los diez lo resume todo. El primer mandamiento después se desdobra en otros en otros nueve que hacen diez. Con las bienaventuranzas pasa lo mismo: es la primera, «Bienaventurados los pobres de espíritu», que se desdobra en hacer hasta ocho bienaventuranzas. Pero en la primera estaba todo dicho, pobre de espíritu. No digáis como en una ocasión que aun chaval le digo: «¿Qué es pobre de espíritu?». Y dice: «El que suspende religión», me dice, y digo: «No, eso no». Me lo dijo un chaval, es que ojo le digo, no, pobre de espíritu no, eso allí intentando yo.... Anécdotas de estas tenemos muchas.

Pero bueno, ¿qué es pobre de espíritu? A ver, de espíritu es aquel pues que sabe que Dios es mi tesoro. O sea, yo espero en El, yo confío en que todo lo tengo puesto en El y no, no descanso en mis capacidades, no descanso en mis planes, descanso en Dios, Dios es mi tesoro. Creo que tenemos que estar atentos a los pobres de Yahvé que han descubierto a Dios como su tesoro, a los pobres de Yahvé, a estos que viven la primera bienaventuranza. Hay muchas personas alrededor nuestro que viven la primera bienaventuranza, que son pobres de espíritu y son admirables y no les admiramos. Me refiero a ancianos que por ejemplo fíjate cómo han vivido toda esta situación y viven, en la presencia de Dios. Se sirven de Radio María, viven en una pobreza en una pobreza de espíritu impresionante y lo tienen todo y te dicen: «Yo soy plenamente feliz y con Dios lo tengo todo». Viven en una pobreza, un abandono impresionante.

¿Cuántos nietos hay que están sufriendo porque no son felices, y tienen al abuelo, la abuela perfecta para entender dónde está la felicidad, y están dando tumbos y no saben dónde encontrar ese modelo de felicidad? Pero si lo tienes en tu abuela, lo tienes muy cerca, fíjate, ahí tienes el modelo de la pobreza de la pobreza de espíritu.

Tenemos por tanto que estar atentos a los pobres de Yahvé, a los pobres de espíritu que nos rodean y son por ejemplo, supuesto el caso de lo que pasa en África, ¿no?, que es que es un que es un auténtico..... los pobres de Yahvé no se evangelizan. Son una llamada por su sencillez.

Recuerdo que un misionero también en Radio María contó la anécdota de que estando con los niños allí haciéndoles la catequesis de la presencia eucarística, Jesús está presente en la Eucaristía y está aquí. Y había un niño que levantaba y levantaba y levantaba la mano, y cuando termina dice: «¿Tú qué querías decir?». Dice: «Oiga, ¿y usted por las noches?». Claro, porque se había quedado maravillado diciendo que Dios está presente en la Eucaristía y al niño se le salían los ojos, claro. Y entonces le pregunta: «¿Y usted por las noches qué hace?, ¿se va a dormir y se queda Jesús?, o sea, ¿se queda aquí solo Jesús o qué?». Claro, se quedó el niño....Y decía el misionero que le dejó electrocutado el niño, vamos, le dejó el electrocutado viendo la coherencia de decir: a ver, si Dios es tu tesoro pues no busques otra cosa, que aquí tienes tu felicidad y tu plenitud, ¿no?

Con frecuencia algunos buscan la felicidad como se buscan las lentes cuando se tienen sobre la nariz. No sé si os ha pasado eso en alguna ocasión. A veces uno tiene un despiste y se pone a buscar las gafas que las lleva puestas, ¡tú, que estoy buscando las gafas!, a veces nos ocurre eso. A ver, que tienes la felicidad en ti y no

estás disfrutándola y estas buscándola fuera. Pero ¿a dónde vas, que tienes las lentes puestas? Disfruta de esa presencia de Dios. Disfrutar Su presencia en todo y compartir ese gozo de Su presencia, o dicho de otro modo, la felicidad es amor más alegría. Dios es amor y quien vive el amor de Dios, quien vive Su presencia, irradia alegría. Es imposible estar lleno de Dios y no irradiar alegría.

Hemos comenzado, con un título que es: «Es sencillo ser feliz, lo difícil es ser sencillo». Claro que es difícil ser sencillo, pero Dios lo puede todo, Dios lo puede todo, El que se encarnó y se hizo niño en Belén está totalmente empeñado, en hacer también de nosotros una transformación interior para enseñarnos a confiar en la paternidad de Dios plenamente, como cuando nosotros fuimos niños y confiamos en la paternidad y en la maternidad de nuestros padres. Confiemos, y ojalá este encuentro con el evangelio, este encuentro con Santa Teresita, ese libro que vais a leer ese libro que vais a leer, por si os habéis olvidado ese libro que vais a leer o releer de Historia de un alma, pues nos descubra que el don de la sencillez es para ti, es para ti. Dios te lo quiere dar, estate abierto, vamos a estar abiertos a acogerlo porque es un gran don, así para los últimos días, de este tiempo estival de descanso. Que el Señor nos enseñe a descansar en el corazón de Jesús. Muchísimas gracias.